

EL MILAGRO

Claudia y yo entramos juntas a la universidad. Ella estudió antropología. Yo elegí medicina, pero no acabé la carrera. Cuando iba en tercer año, me casé. Claudia se graduó en tiempo y con buenas notas. Ganó una beca y se fue a Francia. Nunca perdimos la comunicación. Me contaba todo lo que aprendía en los cursos. Ella estaba segura de que al regresar de su viaje la contratarían en la universidad. Cuando volvió, no había plazas vacantes y Claudia había contraído algunas deudas. Para saldarlas, abrió un pequeño negocio y se volvió empresaria.

Obtuvo un préstamo en el banco y puso una venta de Maximones. En su tienda hay estanterías con imágenes de madera, de cerámica y de yeso. Las de madera son las más caras. Cuando conocí su almacén, Claudia me contó que el tamaño varía, pues hay clientes que se conforman con un pequeño Maximón de bolsillo, mientras otros quieren uno de metro y medio.

Al principio encargaba las imágenes a unos escultores que viven cerca del lago de Atitlán. Pero desde hace un par de años tiene su propio taller en unas ofi-bodegas en la Calzada Atanasio Tzul. También vende máscaras, afiches y calendarios. La gente llega desde temprano y hay días en que no se da abasto. Todo se le termina. Alguien le aconsejó que vendiera candelas, octavos y hierbas. Así lo hizo y las ventas aumentaron.

Empezó con un pequeño local en la doce avenida y décima calle de la zona uno. Pero a los seis meses se le hizo muy estrecho y se trasladó a un lugar donde antes vendían libros en la Avenida de la Reforma. La nueva tienda le quedó preciosa. Tiene un árbol enorme en el interior y alrededor de él colocó los nuevos anaqueles cercados de plantas colgantes. No acepta cheques ni tarjetas de crédito, sólo efectivo, pero a menudo hace trueques. Me enseñó un reloj antiguo y un acordeón que cambió por dos Maximones de madera.

Lo que más me impresionó fue su casa. Hace unos días me invitó a almorzar y pude ver el altar, al final del pasillo, en el jardín. Tiene un «M» (así les llama Claudia de cariño) de madera con veladoras perpetuas, muchas flores, octavos de Quezalteca Especial, puros y otros objetos. En la sala también hay un cuadro precioso que encargó al maestro Rodríguez. Debió haberle costado una fortuna, pero no quiso revelarme el valor cuando le pregunté. En el comedor tiene unas repisas con miniaturas de Maximón, y en su cuarto, uno enorme de tamaño natural sentado en un sofá como si fuera Platón. Dice que la cuida por las noches.

No sé si Claudia está un poco loca o si es su vocación dar a conocer al mundo a ese personaje. Ayer asistí a una conferencia que impartió en el Museo de Antropología e Historia. Los mejores académicos estaban allí y todos quedaron impresionados con la disertación que tituló «Milagros y poderes curativos de Maximón: testimonios en varias comunidades de Guatemala».

Le pregunté por qué lo hacía, por qué coleccionaba y vendía Maximones. Me dijo que cuando era estudiante lo había visitado para llevar a cabo una investigación en uno de los cursos del doctor Morales. Sintió algo inexplicable cuando se acercó a observarlo, una mezcla de miedo y alegría. Escuchó voces y frases en un lenguaje desconocido, como si él le hablara desde el interior de su mente. Vio cómo las personas hacían largas filas para pedirle milagros. Ella no creía en nada, pero cayó en la tentación de pedir el suyo, con la certeza de que no se llevaría a cabo. Era algo imposible. Al tercer día, Maximón le había cumplido su deseo. «¿Pero qué fue lo que pediste?», le pregunté. «No puedo decírtelo. No debo decírselo a nadie. Me lo concedió una sola vez, pero fue suficiente», me contestó.

Mi amiga tiene muchos «M» en su casa; sin embargo, su mayor colección se exhibe en galerías de arte y en museos en el extranjero. Me quedé con la boca abierta cuando me enseñó el Maximón inflable que tiene en el carro. Oprime un botón y se llena de aire en dos minutos. Es su guardaespaldas. Cuando viaja a Honduras, se lleva tres. Los manda a hacer con un proveedor en Corea que

contactó por Internet. Cuestan cuatrocientos dólares y los vende bien. «¿Quieres uno?», me preguntó. «Te lo regalo». Le dije que no tengo espacio en mi viejo escarabajo. ¿Qué jodidos haría yo con un Maximón?